

Literatura

María Cristina Santiago: Vidrieras de Amsterdam

(*)Por Cristina Daniele

Licenciada en letras

26 de junio de 2014

Premiado en 1995 por el Fondo Nacional de las Artes, Vidrieras de Amsterdam fue publicado ese mismo año por Editorial Nusud. En 2011, Ediciones del Dock lo editó en su prestigiosa colección Pez náufrago. Ahora tenemos la oportunidad de encontrarlo en el formato e-book.

Imaginación, desafío y conciencia crítica

Estructurado en tres partes -Ropa de Entrecasa, Hoja de Ruta y Opus Magum-, Vidrieras de Amsterdam nos propone un viaje, un camino: desde el interior de la casa, el ámbito doméstico, cotidiano y conocido, el yo poético programa una travesía a mundos lejanos «Rumbo al Oriente» y un «Regreso de Damasco», un ida y vuelta que no da respiro a la imaginación creadora y el pensamiento crítico.



Primero como una forma de insatisfacción ante el mundo que lo rodea, luego como reclamo por aquello que parece prohibido, lejano o inalcanzable, «Subido a una pompa de jabón, inoportuno, el pensamiento se abre/de soslayo». «Confieso: lo único que no es ficción/es el poema. Asunto de cuerpos nada más/lo del llamado a lo admirable. /Lo otro, la ilusión/ una mosca incómoda».

En el interior de la casa, el yo poético mira su realidad y, entre lavado de copas y platos, lustre de la platería, preparación de comida para los hijos, alterna la mirada sobre las cuestiones prácticas con la reflexión y el análisis de su situación y la de quienes pasan por lo mismo: «Sin prisa mas sin pausa/ posponer el momento, /agujas de un reloj que acosa/a la conciencia. /Teme reconocerse sin reproches/en un deseo incompleto». «La paciencia es fatal: engaña a la mujer/que cree estar viva sin ver que hasta la espuma/incontrolable muere en la canilla».

Nos toman por asalto las imágenes de lo negado, del escritor encerrado y el lenguaje en el límite, de modo tal que cada palabra resulta una transgresión, cada verso una señal, cada poema un indicio. «Si intentas ser lo que el otro cree/resultas sometida a esa mirada», «Entre la sensatez y la locura/no hay respiración ni línea divisoria. /Todo es cuestión de tiempo -le dice-/persistir hasta ubicar el centro», «Hazaña de reconocimiento hacia el vacío/la tarea implica casi, lograr/el punto justo». La autora articuló un lenguaje desdoblado que siembra pistas para que el lector encuentre tanto la historia como una poética. «Escribir no escribir/ ¿acaso importa?/Letra lamda. Frutillita del sur, /esa elegida para salvar el reino. /Qué ironía. La lira entre mis manos/y no saber tocar ni una sonata».

Por este camino, con la travesía propuesta, se encuentra la poesía. En la escritura el sujeto hallará lo que falta, la ausencia, la propia voz. Es así que en el cierre, Opus Magnum, logra la síntesis de «inmóvil punto que gira» a la propia conciencia «de mi pasado cuenta solo / lo que escribo». «Hay dos clases de poesía. La que sólo se oye, la que/además se ve».

Vidrieras de Amsterdam restaura y restituye un lugar, un espacio donde es posible la palabra, la zona donde reside la escritura. Entre la verdad y la apariencia, entre la analogía y la metáfora, este viaje es un desplazamiento que permite descubrir al mirar. Ver tanto lo que se expone detrás de las vidrieras como lo que circula por el exterior, en las veredas. Dialéctica del exterior y de la intimidad, lo cerrado y lo abierto.

El yo poético cruzó el umbral y nos trae lo visto y lo oído: sin trampas ni espejismos. Con la memoria de ayer, de hoy y de mañana. La aventura para el lector es recoger el guante y animarse a seguir sus pasos.

Noticia biográfica

Nació en Buenos Aires, ciudad donde reside. Profesora en Letras (UBA), tiene un lugar destacado como poeta, narradora, traductora y editora. Miembro de la Fundación Nusud, del consejo de redacción de la revista «El desierto», codirectora de Libros de Alejandría, colabora con los principales medios locales e internacionales.

Participó en la organización de la Antología Oral de la Poesía Argentina, en el Centro Cultural San Martín.

Entre sus múltiples publicaciones, destacamos los libros de poesía: Soy el lugar de las apariciones, Fuera del serrallo, Vidrieras de Amsterdam, El libro de las aguas, Siempre viva. Además de la nouvelle Lucía, por mirar de reojo, obra pionera en su género que la hizo acreedora de elogiosos comentarios y estudios críticos.

Fue incluida en innumerables antologías locales y extranjeras. Obtuvo cuantiosos premios, entre ellos Fondo Nacional de las Artes 1995, jurado integrado por Joaquín O. Gianuzzi, Manuela Fingeret y Esteban Moore.

La sombra, por María Cristina Santiago

La invención del deseo no es otra cosa que deseo y no tiene más cara que el olvido.
Esa que fui soy y me persigue por cocinas de barro donde almacenamos los hartazgos en tardes de domingo.

Pronombres de una pira que se apagó en lo cotidiano. Nadie espera que el muerto resucite. La marmita ya derramó su contenido. Perfecto no resultó el brebaje. Comprendimos: nada más iluso, mantener inmóviles cuerpos entrelazados con sedales rotos. A pesar de ellos mismos ya son tumbas que los curiosos miran de través al pasar las vidrieras de Amsterdam.

Tapices, por María Cristina Santiago

Para regresar de un viaje al sur tomamos el camino de la Conquista. Un vasto horizonte donde la velocidad no está prohibida. los perros atraviesan la ruta y una se pregunta de dónde vendrán los pobrecitos buscando agua.

En un telar de dos metros de alto se está inscribiendo ese paisaje. Acaso intuyes que toda trama va a parar al infinito.

Frente al bastidor paso la lana, los colores siempre los mismos en la mezcla. Un sólo ademán y fijo la línea recta que une el pasado y el presente. En medio confluyen los matices.

Parada y ya sin posibilidades de asombrarme, contemplo la obra. Hace calor. Abro y cierro el abanico acompasadamente. Con sedoso pelo de una nutria, apoyo mi pincel y dejo un punto en el centro justo del paisaje. Corazón deshabitado de la pampa.



Tráfico de oriente, por María Cristina Santiago

He venido camino de Damasco Clausuró sus ventanas Y la aventura se desflora en un cuarto tapiado. Gesto de manos asimétricas estrechan la dura sed de unir cielo con tierra. Fatuidad, es sed que no se apaga al escanciar los labios como si fuera agua. Si no por el deseo nunca hubiese doblado mis rodillas. Aunque lo presentía, era reverso del milagro: al verano sucede estancamiento. Se hace imperioso ahora, expiar la temporada. El peligro surge -dice Confucio- cuando uno siente más confianza. Mercado del placer ata mi lengua. En esa habitación sobre este cuerpo el hombre estrelló su cantimplora. Caos y desorden reinan en camastro ajeno. Helecho precoz de la maceta no con vino crece. Succionar de gusanos hasta malogran sus raíces. Igual, mientras se instala un plenilunio el noble se permite reposo. Regreso de Damasco. Un desierto más vasto que la muerte avanza traicionero. Mientras aguardo el alba intento en vano descifrar el presente y mi destino. ¿Cuál es la ventura de las que comerciamos con la seda?

Santiago dixit

«¿Ritos? Primero perder el tiempo, escandalosamente, (con todo lo que hay que hacer en la vida) mientras dejo que en algún lugar de mi cerebro o de mi corazón se acumule el musgo, las enredaderas tapen los muros, aparezcan arañas y hormigas hasta no dejarme casi respirar. En ese momento, cuando la vegetación me ahoga, escribo. Sin café de por medio, sin música, en cualquier lugar, como aferrada al último exalar de un moribundo. Como si fuera a perder el último tren. No importa si hay música o si es un bar donde están mirando River-Boca. Puedo escribir parada o levantarme en medio de la noche a anotar algo que surgió entre sueños.

Libertad Demitrópulos decía que se escribe aún cuando no se está escribiendo. Y yo me justifico con eso.»

(*) <http://cristinadaniele.escritoresdepinamar.com/>